

Habían sido invitados a una boda

Una boda, la constitución de una familia, ha sido en todas las culturas un acontecimiento para celebrar. Tanto si se ostenta riqueza como si la alegría de allegados y contrayentes ha de suplir la carencia de recursos, pero siempre es un acontecimiento. Algo para recordar.

En fin, habían sido invitados a una boda, María, y también Jesús y sus discípulos, en Caná de Galilea, un pueblo al norte que en ninguna otra parte de la Biblia se menciona. Se trataba de una sencilla boda pueblerina, sin exageradas pretensiones, como las que ocurren a centenares cada día en cualquier rincón del mundo. Aunque la mención de los sirvientes y el maestresala hace pensar que las familias de los contrayentes tendrían al menos un pasar, y en cualquier caso no eran pobres de solemnidad.

La menciona Juan, no lo hacen los demás evangelistas. Quizás él, cuando redactó su versión de acontecimientos tan maravillosos tras largos años de meditación y recuento, de paciente maduración, ha sido el único en comprender la trascendencia de ese “milagrito” aparentemente sin mayor importancia. Pues, ¿qué significa una simple transmutación de agua en vino frente a muertos que vuelven a la vida, ciegos que ven, cojos, que andan?

Pero Juan, que persigue otros fines con su Evangelio, no quiere simplemente narrar maravillas; quiere decir lo que los demás no han dicho, completar el gran panorama de lo sucedido durante tres maravillosos años, aclarar lo que a su entender aún pudiera quedar necesitado de una explicación más amplia y completa. Ha escudriñado con ojo atento sus recuerdos y ha encontrado un profundo sentido a ese milagro realizado como al descuido.

El evangelista ha comprendido que insistir en un salvador solamente divino sería traicionar el recuerdo que de Él tiene. ¿No resulta enormemente humano quien se llena de cólera ante los fariseos y vuelca las mesas de los cambistas y les expulsa del templo, quien comparte con María y Marta el dolor por la muerte del hermano?

Juan no nos da demasiados detalles, de modo que hemos de leer entre líneas.

Un milagro en Caná de Galilea

Por ALBERTO GARCÍA FUMERO

María seguramente echaría una mano en la cocina, junto con las demás mujeres. ¡Hay tanto que llevar y traer, tantos detalles a tener en cuenta! Dos manos más no sobrarían en ningún caso. Pues tradicionalmente se daba un banquete, que podía durar varios días, aunque solo los hombres participaran.

Quizás hubo más comensales que los verdaderamente invitados: ¡ocurre tan a menudo! El hecho es que en lo mejor de la fiesta se les ha terminado el vino.

Quienes se afanan en la cocina seguramente lo notaron con pena. Lástima, una boda tan bonita y que se desluzca por algo tan inoportuno.

María, atenta a los detalles, lo comenta con su Hijo.

El evangelista no nos da más indicaciones, solo declara escuetamente que María dice a Jesús: “Ya no tienen vino” (Jn2,3). No nos cuenta si María tuvo una intención expresa o solo hace un comentario, al lamentarse de algo que empañaría el lucimiento de la boda.

Y a partir de este momento un incidente tan corriente pasa a formar parte de una historia maravillosa, que durante generaciones se lee y se medita, y pareciera no agotarse nunca.

Así como las vueltas a las cuentas del rosario presentan un nuevo misterio, cada vuelta que le damos a lo sucedido en Caná nos presenta un nuevo ángulo desde el cual mirar a Cristo y descubrir otra faceta. Probemos.

Demos vueltas a las cuentas de un rosario imaginario, centrados en este prodigio que Juan Pablo II comprendió tan bien y consecuentemente incluyó entre los misterios de luz.

¿Tuvo María alguna intención expresa? ¿Es solamente una madre acostumbrada a consultar con su hijo en lo cotidiano, como es tan normal, o es que ya Él ha obrado otros milagros, y simplemente ella le pide uno más? A fin de cuentas, está consciente de quién es su Hijo, y qué puede hacer.



Así pues, ¿habría realizado Jesús algún prodigio anterior, no recogido en los cuatro evangelios reconocidos por la Iglesia como inspirados? ¿Por qué no? ¿Por qué no pensarlo?

Aunque por muchas razones no puedan ser aceptados los prodigios que se mencionan en los innumerables Evangelios apócrifos de la infancia de Cristo, nada nos impide pensar que haya trascendido de alguna forma su doble naturaleza, humana y divina, desde mucho antes del comienzo de su vida pública.

Pasemos a otra cuenta

La respuesta que recibe hace ver que se ha captado la súplica discretamente expresada. ¡No faltaría más, en un Hijo que conoce a su madre como ninguno! Sin embargo, aflora un pero: “Mujer, ¿por qué me dices esto? Mi hora no ha llegado todavía” (Jn 2,4).

No será esta su única ni última respuesta enigmática o si se prefiere, chocante. Cuando al tercer día de angustiosa búsqueda María y José lo hallan en el templo, les pregunta por qué no han buscado desde el principio donde le correspondía estar, en lugar de hacerlo en otra parte, de la misma manera que al tercer día de su muerte le buscarán sin éxito entre los muertos y no entre los vivos. A un extranjero le responderá en su momento que solo ha venido por las ovejas descarriadas de Israel, y que no estaba bien dar a los perrillos el pan de los hijos...

¿Hacerse de rogar? De ninguna manera, si se sabe leer entre líneas la respuesta.

Permítasenos otra suposición: podría pensarse entonces que ya con discípulos, y habiendo comenzado su vida pública, se le reconocía como justo, mas no se le conocían milagros. Al menos, fuera de su ámbito familiar, diríamos. “Aún no ha llegado la hora de revelar quién soy”, es el mensaje. Esto es lo que nos permiten suponer los demás evangelios, especialmente el de Juan, quien lo resume de la manera más sobria posible: “Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”.

¿Le ha forzado María la mano, entonces? Madre al fin, la Madre con mayúsculas, también conoce como ninguna a su hijo. Sabe que no se negará. Y la ve-

mos por primera vez en su papel de intercesora, como la invocaremos tantas veces.

Podemos deslizar otra cuenta más, imaginarnos a María mirando a su hijo tan querido, tal vez sin decir una palabra, sonriendo al ver en el brillo de sus ojos, quizá, el reflejo de otra sonrisa...

María se vuelve hacia los sirvientes: “Haced todo lo que os dijere”. Lejos estaban estos de comprender cuán profunda puede ser una simple frase. Solamente ahora podemos comprenderlo, mirando desde la distancia de los siglos, como quien en un museo se aleja paso a paso de un cuadro monumental para captarlo mejor en todos sus detalles.

Estas palabras son por sí solas todo un plan de acción. ¿Quiéren milagros? ¿Quiéren el Reino de Dios en la tierra? Hagan todo lo que Él les diga. “Yo intercedo ante Él, pero deberán hacer todo lo que Él les diga”.

A fin de cuentas, ¿qué le era un milagro tan insignificante? Más tarde andaría sobre las aguas, multiplicaría panes y peces para los hambrientos, resucitaría muertos.

La cuestión no es el milagro por el milagro en sí.

Y es que no son sus milagros un fin en sí mismos. No realiza el prodigio de una curación porque vino específicamente a curar paráliticos o devolver la vista a los ciegos. Obra el milagro para apoyar su prédica, que va más allá de aliviar algunas de nuestras miserias humanas, propósito en sí loable, pero que le viene estrecho. Observando sus milagros en clave de fe, comprendemos que son precisamente eso, un premio a la fe.

Hablando de fe... es curioso. Este es de los pocos milagros en los cuales no indaga el alcance de la fe de quien solicita su intervención. Pues la gran mayoría de los milagros que obra se efectúan tomando como base la fe de quien pide. “¿Creéis que puedo hacer esto?” (Mateo 9,28) les pregunta a los dos ciegos antes de devolverles la vista por su fe. A Marta le dice: “y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Jn 11,26) antes de resucitar a Lázaro. “Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz” le dice a la mujer del flujo de sangre (Lc 8,48). “Vete, por tu fe has sido sanado” dice en otra ocasión.

¿Cuándo no indaga por la fe? Cuando quiere demostrar que está autorizado a

hacer tales prodigios porque es quien es. “Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar los pecados...”.

Y por otra parte, con solo pensar en ello, notaremos que jamás realizó milagro alguno para los poderosos, para los incondicionales del príncipe de este mundo. No lo hará ante Herodes, quien le pidió “un milagrito” para aliviar su tedio, ni frente a Pilatos, empeñado en que alguna señal le diera el valor necesario para liberarlo. En cambio, realiza este prodigio frente a un grupo de campesinos.

Bien, realizará un milagro. ¿Pero para qué cambiar un poco de agua en vino? Poco tiempo después hará cosas mucho más impresionantes. ¿Qué se gana con ello? ¿Valía la pena malgastar un prodigio solo para que siguieran bebiendo? ¿Es tan importante un poco de vino, que pudo quizás conseguirse en otra parte prestado, y devolverse después?

¿Acaso por la importancia que siempre ha tenido el vino en la liturgia de la mayoría de las religiones antiguas? ¿Será una prefiguración de otra transmutación, aún más prodigiosa, llena de esperanza y de paz, la del vino en su propia sangre?

Corramos otra cuenta, mirémoslo desde otro punto de vista: con este signo hace ver que Dios bendice el matrimonio, porque bendice la familia; que más allá de la alegría pasajera de un momento de fiesta, está el significado pleno de la célula fundamental de la sociedad humana. Y bendecir la familia es bendecir al ser humano que en ella se forma, con capacidad para asombrarse de que Dios lo recuerde y se ocupe de él.

Sin embargo, Juan, que puede ser tan explicativo cuando quiere, dedica pocas líneas a contarnos esto. Lo resume de la manera más sobria posible: “Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”. ¿Por qué? Quién sabe. Es bien posible que considerara tan obvias las consecuencias que no se esforzara en esbozar siquiera una aclaración a las preguntas que tan naturalmente surgirían. O simplemente nos ha tendido una trampa, una trampa sin malicia: que a Dios también hay que pensarlo: no hemos de pretender entenderlo sin más ni más. Y a través de los siglos, Juan ha querido invitarnos a que pensemos con él.